



(**M. GARCÍA RUIZ***, 18/11/2013) | Visitar el museo de El Prado siempre es un refrigerio para el alma; y contemplar los cuadros de Diego Velázquez (1599-1660) un baño de belleza, de ingenio, de fruición emocional. Entre las treinta obras expuestas, no todas del ínclito pintor sevillano [\[1\]](#), más la joya de dimensión universal de “Las Meninas”, que resaltan la dimensión de Velázquez como retratista de la Casa Real durante los once últimos años de su vida, la lúcida guía que nos lo explica y que con tanta maestría fue introduciéndonos en los secretos de la pintura de Velázquez, puso un énfasis especial en el retrato del papa Inocencio X (1574-1655), resaltando su expresión adusta, hosca, de mirada severa, ceño fruncido, de expresión insociable, reflejo tan fiel del personaje, que cuando el cuadro fue presentado al propio Inocencio X, le hizo exclamar: “Troppo vero!” (¡Demasiado verdadero!), ya que le mostraba tal cual era, sin embellecimiento alguno), aunque no pudo negar la calidad del mismo.

El pontífice obsequió a Velázquez con una medalla y una cadena de oro, que figurarían entre los bienes del pintor cuando éste falleció. Dicho retrato fue calificado por el pintor inglés Joshua Reynolds como el mejor existente en Roma.

